

Reflexiones sobre el libro de los *Números* y el camino en el desierto

Josef Babuin, L.C.

Licenciatura en Economía y Asuntos Internacionales (Universidad de Trieste); ha cursado estudios de filosofía y teología en el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.

Introducción

El libro de los *Números* es el que mejor refleja la experiencia del pueblo de Israel en el desierto, una experiencia que tiene algo que enseñar al hombre de hoy en su camino hacia el Señor. De hecho, el libro comienza precisamente con la palabra desierto, literalmente «[Yahvé habló a Moisés] en el desierto»¹ (*bemidbar*). En cambio, se llama *Números* en lugar de *Desierto* porque comienza en los primeros cuatro capítulos con la enumeración de toda la gente a través de un censo, es decir, un recuento, porque la idea principal del libro es la campaña militar para la conquista de la tierra de Canaán. En un nivel más profundo, el libro trata de lo difícil que es caminar y luchar con Yahvé, mientras que es más fácil susurrar y rebelarse.

Para lograr la conquista es necesario ponerse en marcha, marchar, caminar, pero esto implica, como veremos, dificultades por la debilidad humana, fracasos que muestran el pecado de Israel y el consecuente castigo divino apaciguado por la intercesión de su líder y guía espiritual Moisés. Como este libro da mucho espacio al camino del desierto, queremos profundizar aquí en esa experiencia y en lo que el texto bíblico dice sobre ella, especialmente en su significado espiritual.

1. El desierto como lugar de ausencia o presencia de cosas negativas

El desierto es un lugar difícil, un lugar de sobrevivencia, porque o bien se experimenta la falta o se enfrenta el obstáculo:

¹ Las citas directas de la Biblia están tomadas de la *Biblia de Jerusalén Latinoamericana*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2007.

Es el desierto una tierra que no ha bendecido Dios: allí es rara el agua, como en el huerto del paraíso, antes de la lluvia (*Gen 2,5*), la vegetación raquíutica, la habitación imposible (*Is 6,11*); hacer de un país un desierto es hacerlo semejante al caos de los orígenes (*Jer 2,6; 4,20-26*), lo que merecen los pecados de Israel (*Ez 6,14; Lam 5,18; Mt 23,38*)².

Cualquiera que haga un viaje al desierto se encuentra con al menos una de estas características, sin mencionar la sensación de soledad y silencio que es fácil de experimentar allí. El desierto se convierte así en el ambiente adecuado para que el pueblo de Israel se encuentre de nuevo con Dios y consigo mismo antes de recibir el regalo de la Tierra Prometida. Los Padres del monacato en Georgia, llamados los Padres Sirios, vieron en el desierto un lugar perfecto para el ascetismo al que se sentían llamados, porque estas tierras áridas son lugares «abandonados por Dios y, lo que es más importante, sin esperanza»³. Pero lo que importa es que, para ellos, sobre todo, eran

lugares auténticos de la manifestación de sus milagros y gloria, lugares sin esperanza en los que debe morar la gracia de Dios. Los lugares más inaccesibles e imaginables esperan la transformación de la mano del hombre. El asceta debe transformar la morada del diablo en la morada de Dios, en la morada de las bestias feroces debe restaurar la armonía celestial, en la tierra árida debe hacer brotar el agua como Moisés⁴.

El monacato occidental, en lugar del desierto, se refugia fuera de las ciudades, en muchos lugares solitarios y silenciosos ideales para la oración, pero también para el estudio, especialmente de la *página sagrada*. Al final de su *Regla*, san Benito invita a sus monjes a estudiar las obras de los Padres de la Iglesia y sus biografías para que en estos lugares “desiertos” la oración y el estudio los acerquen al Creador⁵.

En esta tierra de ausencias, el pueblo de Israel comenzó a quejarse y se volvió contra Moisés y su hermano Aarón por varias razones. La razón principal era la falta de agua y comida a pesar de que Dios, por intercesión de Moisés, les dio maná. A esto se sumaba la nostalgia por Egipto (Num 11,1-6) y el desánimo de no sentirse capaz de conquistar esa Tierra Prometida habi-

² C. THOMAS - X. LÉON-DUFOUR, «Desierto», en X. LÉON-DUFOUR (ed.), *Vocabulario de Teología Bíblica*, Herder, Barcelona 1988¹⁴, 226-229, 226.

³ Z. KIKNADZE, «Tre volti dell'ascesi», *Studi sull'Oriente Cristiano* 4 (2000), 29-40, 31 (la traducción es mía).

⁴ *Ibid.*

⁵ Cf. G. D'ONOFRIO, *Storia della Teologia nel Medioevo*, I, PIEMME, Casale Monferrato (AL) 1996, 50.

tada por gigantes y donde fluye leche y miel, como atestiguan los exploradores (Num 13,25-33).

El pueblo murmura repetidamente⁶ (Num 14,2 ss.; 16,2-13; 20,4 ss.; 21,5), especialmente contra Moisés, pero luego contra Dios. La tentación es volver a la vida en Egipto, aunque sea dolorosa y esclavizante, pero al menos controlable y ordinaria, y disociarse del plan de Dios, no confiar en sus misteriosos cuidados, en otras palabras, rechazar su salvación.

El murmullo del pueblo también puede considerarse como una ausencia de bien, una ausencia de confianza en el Señor, y este pecado provoca la indignación de Moisés y de Dios; pero desgraciadamente Israel no lo ve, no reconoce que está mal y no pide perdón, a pesar de que Moisés intercede por ellos ante Dios para que no se enfade.

2. El desierto como un nuevo tiempo de salvación

El Dios que saca al pueblo de Egipto es el mismo Dios que lo guía al desierto (Dt 8,14-16). Allí, donde todo está muerto, solo Dios puede intervenir, allí se experimenta su fidelidad a la alianza, su presencia salvadora a través de la nube (Num 9,15-23) y el arca que acompaña al pueblo en su viaje y en las batallas (10,33-35). Esta presencia es una teofanía, o más bien una manifestación sensible de lo divino (del griego *theophàneia*, compuesto de *theos* – “dios” - y *phàinein* – “manifestarse”)⁷ que para el pueblo está mediada por los signos de la nube y el arca mientras que para Moisés está dirigida: Dios les habla «boca a boca» (12,5-8). En el contexto de la campaña militar la presencia de Dios no garantiza necesariamente la victoria que se concede al pueblo cuando se encomienda a Él (21,1-3).

Esta presencia divina entre la gente también ocurre cuando ellos se alejan de Él. Recordamos aquí el momento en que Israel levantó el becerro de oro y precisamente «triunfó el Señor mismo, manifestándose solemnemente a Moisés como “Dios de ternura y de gracia, lento a la ira y rico en misericordia y fidelidad” (cf. Ex 34,6)»⁸. Incluso el hombre de hoy, después de haber pecado, puede encontrar «la fuerza y la razón para dirigirse al Señor con el fin de recordarle lo que Él había revelado de sí mismo (cf. Num 14,18; 2 Par

⁶ El verbo murmurar aparece siete veces (murmurar perfecto).

⁷ Cf. R. LATOURELLE, «Apariciones», en *Diccionario de Teología Fundamental*, San Pablo, Madrid 1992², 99.

⁸ JUAN PABLO II, carta encíclica *Dives in misericordia*, 4.

30,9; *Neb* 9,17; *Sal* 86 (85),15; *Sab* 15,1; *Eclo* 2,11; *Jl* 2,13) y para implorar su perdón»⁹.

Dios permanece fiel a su pueblo a lo largo de toda la historia de la Salvación, que no es otra que la historia completa de la humanidad desde la caída de Adán hasta el final de los tiempos, y sus promesas se cumplen con la venida del Mesías al mundo, su Hijo, su muerte y resurrección. En efecto:

En el NT los relatos del libro de los Números han sido a veces citados tanto como una proclamación mesiánica de salvación (los oráculos de Balaam: 2 Pe 1,19; Ap 22,16), como una enseñanza sobre lo que implica la fidelidad a Dios (el episodio de Coré: *Jds* 11; 2 Tim 2,19), y para mostrar más ampliamente el significado del nuevo pacto (*Heb* 3,2.5 y *Num* 12,7; *Heb* 7,5 y *Num* 18,21-24; *Heb* 9,13s y *Num* 19). Algunas referencias explícitas de carácter mesiánico son, entre otras, el relato de la serpiente de bronce, imagen de la salvación traída por Cristo levantado en la cruz (*Num* 21,4-9; *Jn* 3,14); el milagro del agua que brota de la roca y que San Pablo evoca como tipo de Cristo, la piedra viva de los creyentes (*Num* 20,1-12); 1 Cor 10,4), y el episodio de Balam, considerado una figura tipológica de los falsos doctores y profetas porque por su maldad quiere hacer caer al pueblo de Israel bajo la seducción de las mujeres moabitas (*Num* 31,16; 2 Pt 2,15; *Jds* 11; Ap 2,14)¹⁰.

3. El desierto como tiempo de verificación

En este lugar de soledad y encuentro, Dios quiso verificar el alma de Israel con relación a sí mismo, examinó la *sequela Dei* de su pueblo para ver si estaban dispuestos a seguirlo. Dios hizo esto a través de la tentación, entendida como una prueba. Este tiempo de pruebas forma parte del plan de Dios para purificar a su pueblo a través de un camino de ascesis, hecho de pruebas y tentaciones, que debe llevar a un desprendimiento interior y exterior de las cosas del mundo.

En su *Homilía sobre los Números 27*, Orígenes da una descripción interesante de las etapas de la ascensión interior. La ascensión empieza con el abandono del mundo, de su confusión y de su malicia. El primer progreso se consigue tan pronto como uno se da cuenta de que el ser humano vive en la tierra solamente de paso. Después de esta preparación es preciso luchar contra el diablo y los demonios a fin de conquistar la virtud. El tiempo de progreso es siempre un tiempo peligroso. Así, la llegada al mar Rojo señala

⁹ *Ibid.*, 4.

¹⁰ M. TABET, *Introduzione al Pentateuco e ai libri storici dell'Antico Testamento: manuale di Sacra scrittura*, Edusc, Roma 2004, 196 (la traducción es mía).

el comienzo de las tentaciones. Después de haberlas atravesado con éxito, el alma no está aún libre, sino que le esperan nuevas pruebas¹¹.

En el libro del *Deuteronomio* este camino de conversión en el desierto se resume en *Dt* 8,2-6. El párrafo comienza con el verbo *recordar*: «Acuérdate de todo el camino que Yahvé tu Dios te ha hecho recorrer durante estos cuarenta años en el desierto». Israel debe tener siempre presente la lección del desierto, porque cuarenta años es un tiempo muy largo, significa el tiempo de la vida de una generación, de algo que se logra, la experiencia completa de la vida¹².

Luego sigue: «para humillarte, para probarte y para conocer lo que había en tu corazón: si ibas a guardar sus mandamientos o no» (v. 2). Aquí Dios quiere humillar, es decir, ver si Israel está dispuesto a aceptar la dependencia de Él y quiere probarle en el sentido de ver si Israel observa fielmente la Ley por algún interés propio o desinteresadamente. La prueba de la humillación, del hambre, que luego se resolvió con el maná, sirvió para hacerle comprender que «no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Yahvé» (v. 3).

De esta manera, el hombre experimenta su impotencia, pero sobre todo porque Dios da lo que no se entiende. Si hubiera tomado pan y luego Dios les hubiera dado pan, la conclusión que el pueblo habría sacado es que viven de pan. Por eso no les da pan, sino maná, que no conocían. Esta lección debe aplicarse a la Tierra Prometida: deben entender que no vivirán de la tierra, sino de Dios, y por lo tanto pueden seguir viviendo aunque pierdan la tierra.

De ahí la última frase de nuestro párrafo deuteronomico:

No se gastó el vestido que llevabas ni se hincharon tus pies a lo largo de esos cuarenta años. Así te darás cuenta, en tu corazón, de que Yahvé tu Dios te corrige igual que un hombre corrige a su hijo, y guardarás los mandamientos de Yahvé tu Dios siguiendo sus caminos y temiéndolo (vv. 4-6).

Conclusión

Como hemos visto hasta ahora, el camino por el desierto es una de las experiencias más significativas en la historia del pueblo de Israel y una figura tipológica de la pedagogía divina en el viaje espiritual del creyente. Incluso antes de los Padres de la Iglesia que la hicieron fuente de espiritualidad, los profetas del Antiguo Testamento, al recordarla, la interpretaron como una

¹¹ J. QUASTEN, *Patrología*, I, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid 1978³, 408.

¹² 40 es el número de la totalidad (7 es el número de la perfección).

experiencia religiosa privilegiada e ideal, a la que Israel debía volver en sus momentos de caída espiritual y moral.

En la tradición profética, en particular de Oseas y Jeremías, además, el desierto también fue visto como un lugar de amor paternal de Dios por su pueblo (*Dt* 32,10 ss.), y como un tiempo de noviazgo (*Jer* 2,2-3; *Os* 1-3).

Habría muchos otros temas en donde se puede sacar lecciones de vida. Solo menciono el de la libertad y la tierra, representado por el paso de la esclavitud egipcia a la libertad de la tierra, la cual no es un fin en sí misma sino un medio para Dios, la verdadera Tierra Prometida. El tema de la pobreza también ocuparía un espacio significativo ya que el hombre aprende a vivir en comunión con el otro a partir de su propia escasez.

Al final de estas breves y concisas reflexiones, que son solo una breve introducción al libro de los *Números* y a esta historia y experiencia bíblicas, surge espontáneamente la invitación a compartirlas para que el hombre de hoy pueda captar toda esta riqueza humana y espiritual y llevarla a su propio mundo.

Reconociendo la capacidad del desierto para atraer los ojos de los sedientos y hambrientos de Dios, en la búsqueda de la verdad, la salvación y el Amor, termino resumiendo este privilegiado viaje con las mismas palabras del Señor: «Así se acordarán de todos mis mandamientos y los cumplirán, y serán hombres consagrados a su Dios. Yo, Yahvé, su Dios, que los saqué de Egipto para ser su Dios» (*Num* 15,40-41).